ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL DOCTOR VENTURA

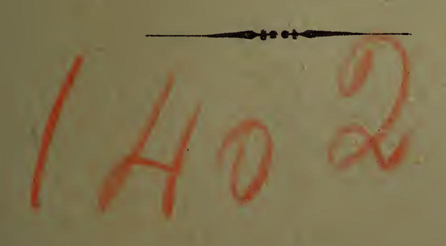
COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITA SOBRE EL ASUNTO DE OTRA FRANCESA

POR

LUIS VALDÉS.



MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.

1888.

ADICIÓN AL CATÁLOGO GENERAL DE 1.° DE ABRIL DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	1	¡Abandonada! (monólogo)....	1	D. José Postigo........	Todo.
»	»	Á deshora de la nit.........	1	Ramón Lladró........	»
5	1	El amor vence al orgullo.....	1	Ignacio Morales........	»
»	»	El doctor Ventura..........	1	Luis Valdés...........	»
»	»	Fábrica de embustes........	1	Julio de las Cuevas.....	»
»	»	La berlina azul.............	1	Santiago Gascón........	»
»	»	León XIII..................	1	Nicolás Rivero.........	»
»	»	Les festes de un poble.......	1	Eduardo Perlá	»
3	2	Sufrir por agena causa......	3	José María Vivanco.....	»

ZARZUELAS.

»	»	Las provincias.......... ..	1	Lastra, Ruesga y Prieto.	L.
3	3	Quid pro quo	1	José Usúa............	L.



EL DOCTOR VENTURA.

EL DOCTOR VENTURA

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITA SOBRE EL ASUNTO DE OTRA FRANCESA

POR

LUIS VALDÉS.

Se estrenó en el Teatro LARA el 21 de Abril de 1888.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1888.

PERSONAJES.		ACTORES.
ANGUSTIAS	Srtas.	Rodriguez.
JUANA		Cruz.
SILVESTRE	Sres.	Diaz.
VENTURA		Rubio.
NICOMEDES		Miralles.

La escena en Madrid.

Por derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de Silvestre decentemente amueblada. Puerta al foro que es la principal; otras laterales. Las de la derecha conducen á las habitaciones de Angustias, y las de la izquierda á las de Silvestre. En el proscenio derecha un velador con recado de escribir, y sobre otro mueble un vaso vacío. Una butaca á la derecha y otra á la izquierda: sillas volantes.

ESCENA PRIMERA.

ANGUSTIAS y JUANA, á poco NICOMEDES.

Angustias aparece sentada con un corte de zapatillas bordadas en la mano y Juana limpiando los muebles con un plumero. Inmediatamente después de levantarse el telón, sale Nicomedes por la izquierda con un rollo de papeles en la mano, y sin ver á Juana, dice acercándose á Angustias.

NIC. ¡Nada!
ANG. (Con misterio.) Que está ahí la criada. (Alto.) ¿Busca usted á mi marido?
NIC. Sí, señora.
ANG. No debe tardar.

NIC. Como son para él dias de exámenes, nada tiene de extraño que se retrase.

ANG. (¡Esta chica no concluye la limpieza!) (Da muestras de impaciencia.) ¿Necesitaba usted hablarle?

NIC. Sí; me encargó que copiase sus lecciones *De legibus agraris ante Gracus.*

ANG. Juana...

JUANA. Señora...

ANG. Arregla el cuarto del señor antes de que vuelva.

JUANA. Ya lo arreglaré.

ANG. (Con imperio.) Enseguida.

JUANA. (Yéndose por la izquierda sin el plumero.) (¡Mal viento corre! El amo gruñón, y la señora, que era amable, va dejando de serlo...) (Vase.)

ANG. (Cuando desaparece Juana.) ¿Y el medallón?

NIC. No parece.

ANG. (Con desesperación.) ¡Dios mío! ¡Qué desgracia!

NIC. No hay que desesperarse. ¡Está usted convulsa!.. (Trata de cogerla una mano y ella lo impide.)

ANG. ¡Apártese usted!

NIC. ¡Señora!... Yo...

ANG. No sabe usted lo que es tener remordimientos.

NIC. Sí, señora, que lo sé. Tengo remordimientos atroces, por haber perdido anoche la ocasión de... probar á usted lo mucho que la aprecio.

ANG. Y yo lo celebro. Venga la carta que le escribí para que me acompañase al teatro, sin que lo supiera mi marido.

NIC. Se la devolví al empezar el acto segundo.

ANG. ¿Está usted seguro?

NIC. Segurísimo.

ANG. No lo recuerdo.

NIC. Se la devolví poco antes de haber notado usted la falta del dichoso medallón, que tanto me hizo correr.

ANG. ¿Encontró usted el coche donde fuimos?

NIC. En la parada; y lo registré bien, pero inútilmente.

ANG. ¡Dios mío!

NIC. Y lo peor fué que al volver al teatro, me dijo el aco-

modador: «La señora que ocupaba este palco se puso mala, y se marchó.» ¡Ay, señora! También mi capa nueva corrió burro.

ANG ¿Su capa de usted?

NIC. Pregunté por ella al acomodador y me contestó: «todo lo que había en el palco, fué llevado al cuarto con la señora.» Tuve que volver á salir del teatro á cuerpo gentil, y bastante menos abrigado que su carta de usted, (Angustias le mira con extrañeza.) pues ahora recuerdo que se la metió usted en el pecho.

ANG. ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Estoy perdida!

NIC. ¡Perdida!...

ANG. Cuando usted se fué creí que me iba á dar una congoja, por efecto del calor, me asomé á la puerta del palco y caí desmayada.

NIC. ¡Qué desdicha!

ANG. Al recobrar el sentido me hallé en un cuartito, sentada en una banqueta, y noté... (Bajando los ojos.) que me habían aflojado el cuerpo del vestido.

NIC. ¡Dios de Israel! (¡Y yo no estaba allí!)

JUANA. (Entrando por la izquierda.) El cuarto del señor está listo.

ANG. Bueno. (Á Nicomedes tratando de disimular.) ¿Conque también usted ha recordado que hoy es el cumpleaños de mi marido?

NIC. (Comprendiendo.) ¡Ah! Sí; hace muchos días que no pienso en otra cosa.

ANG. ¿Qué le parecen á usted las zapatillas que le he bordado? (Nicomedes las examina fingiendo curiosidad.)

JUANA. (¡Qué embustera! ¡Y salió esta mañana á comprarlas!)

NIC. ¡Admirables!

JUANA. ¿Quiere algo más la señora?

ANG. No. (Vase Juana por el foro llevándose el plumero.)

NIC. ¿Decía usted que le aflojaron el cuerpo del vestido? ¡Qué atrevimiento!

ANG. El médico del teatro lo juzgó conveniente.

NIC. Los médicos son muy curiosos.

ANG. Aquel debe ser un gran facultativo y me salvó la vida; y como sospecho que encontraría la carta al *medicinarme*, necesito que averigüe usted enseguida dónde vive, pues me encuentro mal, y mi honra está en sus manos.

NIC. Preguntaré en el teatro. No se apure usted tanto, que no ha faltado á sus deberes.

ANG. Basta con lo hecho para que la conciencia me remuerda. Es verdad que mi esposo, por efecto quizás de alguna enfermedad, está siempre furioso y me priva de todo trato y recreo. Yo le sufría con paciencia; pero he averiguado que antes de casarse fué muy alegre, muy amigo de diversiones, y tuve la tentación de distraerme yendo anoche al teatro, sin su conocimiento.

NIC. ¡Parece mentira que don Silvestre haya tenido nunca buen carácter! ¡Me trata como á un esclavo; más bien le sirvo de lacayo que de pasante, y no le calumnio si afirmo que tiene un genio endemoniado!

ANG. No, señor; pero yo me he propuesto sufrirle, hoy más que nunca, en descargo de mi conciencia. (Se oye dentro la voz de D. Silvestre.) Aquí viene.

ESCENA II.

DICHOS y SILVESTRE.

SILV. (Entra por el foro diciendo para sí con alegría salvaje.) Hoy si que estoy satisfecho. He reprobado á cincuenta estudiantes.

ANG. (Bajo á Nicomedes.) Parece que viene contento.

NIC. Pues aproveche usted la ocasión para felicitarle.

ANG. ¡Ah! Sí. (Presentando á Silvestre las zapatillas.) ¿Tan preocupado estás, que te olvidas de que hoy es tu cumpleaños?

SILV. (Con alegría salvaje.) No tiene nada de extraño. ¡Acabo de reprobar á cincuenta estudiantes, y esto me rejuvenece!

NIC. (¡Qué bruto es mi ilustre maestro!)

ANG. Acepta estas zapatillas que he bordado para tí y son muy elegantes.

SILV. (Tomando las zapatillas.) ¡Prefiero las de orillo! pero vengan. (Á Nicomedes.) ¿Qué hace usted ahí?

NIC. (Con temeroso respeto.) He acabado de poner en limpio el trabajo *De legibus agraris ante Gracus,* y aquí está. (Va á entregarle los papeles.)

SILV. (Dándoles una manotada.) ¡Vaya al infierno!

NIC. (Con timidez.) ¡Se trata del trabajo más importante que usted ha hecho!

SILV. ¡Sí! ¿Para quién? Todo eso pasó. Yo explico el derecho romano para tener el derecho español de cobrar un sueldo; pero ni los chicos aprenden, ni me importa que aprendan. (Á Nicomedes.) Ponga usted estas zapatillas en mi cuarto, y luego las llevará á casa del zapatero.

ANG. (Dando á entender su disgusto por el modo de tratar á Nicomedes.) Pero, ¡Silvestre!... Yo las llevaré á tu cuarto.

NIC. (Marchando furioso, pero resignado.) ¡Oh! De ningún modo. Don Silvestre... (Recargando mucho el Silvestre.) puede disponer de mí á su antojo. (¡Bárbaro! Si no fuera por Angustias...) (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA III.

ANGUSTIAS y SILVESTRE.

ANG. (Con timedez.) Por Dios, Silvestre, tratas á ese joven de tal modo, sin reparar que es un abogado....

SILV. Peor me trata á mi tu señor padre, y eso que soy profesor de cuatro ó cinco mil abogados. (Se quita el sombrero y lo deja sobre la butaca de la derecha.)

ANG. Tienes mala cara. . ¿Estás malo?

SILV. Estoy rabiando del estómago y de ira. Tu padre tiene la culpa de todo.

ANG. ¿Mi padre?

SILV. (Señala una silla á su mujer, él se sienta en la butaca de la izquierda.) Escucha. La dote que te dieron cuando nos casamos, se compone de una renta de ocho mil pesetas en valores públicos, y del usufructo de este cuarto principal que representa un alquiler de tres mil pesetas. Pues bien, nos vinimos aquí...

ANG. Contra mi gusto. Por esta calle no pasa un alma.

SILV. ¡Aunque no pasara nadie, me tendría sin cuidado; pero siento que me obliguen á vivir en ella!

ANG. Nos mudaremos á otra. Tranquilízate y no te exaltes de ese modo. ¿Quieres una taza de manzanilla?

SILV. No; prefiero que me ahogue la bilis. He resuelto abandonar este cuarto, y pedido á tu padre que me abone las tres mil pesetas en que se presupuso el producto de su arrendamiento; pero me ha contestado que la escritura dotal nos obliga á disfrutarlo, y que lo puedo subarrendar á quien mejor me parezca.

ANG. (Con timidez.) Tiene razon.

SILV. Ya lo sé, y por lo mismo me desespero. ¿Es decir, que voy á luchar con inquilinos? No, y mil veces no. Mejor cedo la habitación al verdugo, y gratis, para que desacredite la casa y pierda tu padre la renta de toda ella.

ESCENA IV.

DICHOS y JUANA.

JUANA. (Entrando por el foro.) Señor, un caballero pregunta por usted.

SILV. ¿Un caballero? ¿Cómo sabes tú que es un caballero?

JUANA. (Con timidez.) Porque lo parece. ¿Qué le contesto?

SILV. (Después de titubear.) Que pase. (Vase Juana.) Sí, es algún cliente, le diré que su pleito es cuestión perdida para que no vuelva más.

ANG. Te dejo con tu cliente. (Vase por la derecha.)

SILV. Adios (Vase Juana por el foro.)

ESCENA V.

SILVESTRE y VENTURA que viene en traje de mañana y demostrará en todo, su ligereza de carácter.

VENT. (Tratando de abrazar á Silvestre que le rechaza.) ¿Cómo te va? ¿Y tu mujer?

SILV. (Con frialdad.) ¡Ah! ¿Eres tú?

VENT. Yo mismo. ¿Así me recibes cuando hace dos años que no nos vemos?

SILV. Como al separarnos estabas tan quejoso de mí...

VENT. (Con jovialidad.) ¿Quién se acuerda de eso?

SILV. Ajé tu dignidad.

VENT. Para eso la tenemos, porque si no, ¿de qué serviria? Pero el ofendido fuiste tú.

SILV. ¿Sí?

VENT. Sí, porque no quisè acompañarte á cenar con aquellas amigas tuyas, de rompe y rasga.

SILV. ¡Me dejaste plantado!

VENT. No lo niego; però recuerda que en Sevilla todos elogiaban mi conducta, y que, gracias á esa opinión, tengo uno de los mejores bufetes.

SILV. Siempre fuiste hipócrita.

VENT. Evito el escándalo, y aunque me gusta comer en buena compañía, procuro no abusar de los placeres de la mesa, y así conservo una excelente salud.

SILV. (Con algún interés y llevándose las manos al estómago.) ¿Sí, eh?

VENT. En Madrid son tantas las ocasiones de caer en la tentación, que no respondo de mi prudencia.

SILV. Como no tienes aquí el bufete, puedes cuidarte menos de tu reputación.

VENT. Me divierto bastante. Ea, venga un abrazo.

SILV. (Con menos sequedad.) Veo que te has acordado de mí, y tendré que agradecerte la visita.

VENT. Esta visita tiene algo de interesada.

SILV. (Con acritud.) ¿Vienes á pedirme algún favor?

VENT. Sí.

SILV. Lo siento, porque es posible que no pueda complacerte

VENT. ¿Sigues tan bromista?

SILV. Mucho... muy bromista. (Con retintin y dando muestras d dolor de estómago.)

VENT. ¿Tú conocerás á todos los inquilinos de esta casa?

SILV. No; ni quiero.

VENT. Pues has de saber que preguntando á tu portero lo nombres y circunstancias de los vecinos de esta casa empezó por decir tu apellido y profesión, y, cortándol la palabra, he subido para que me des las noticias qu necesito acerca de cierta dama.

SILV. ¿Se trata de alguna aventura amorosa?

VENT. Justo. Pero sentémonos. (Indica á Silvestre una silla para que se siente.) Toma una silla.

SILV. (Con rabia.) (Está despacio, y de camino procura darme una lección de cortesía!) (Ventura se sienta en la butaca sobre el sombrero de Silvestre.) ¡Demonio!

VENT. (Levantándose asustado.) ¿Eh?

SILV. ¡Mi sombrero!

VENT. Me has dado un susto. (Creí que era el mío.) Perdona. (Se sientan los dos.)

SILV. (Tirando con fúria el sombrero hacia el foro.) No perdono pero me aguanto.

VENT. Vaya, déjate de bromas y escucha.

SILV. Alguna impertinencia.

VENT. Hé aquí mi aventura. Uno de los médicos del teatro que es muy amigo mío, me cedió su butaca para l función de anoche, butaca que ocupaba yo, cuando s me acerca un acomodador suplicándome, que haga e obsequio de seguirle, le sigo, y me lleva á cierto cuartito donde encontré á una señora desmayada.

SILV. ¿Te creyeron médico?

VENT. Justo. ¡Qué mujer, chico! Tuve que socorrerla; y yo que en mi vida las he visto más gordas...

SILV. ¿Era gorda la dama?

VENT. Regular. Me refiero á mi ignorancia facultativa; per

no tuve otro remedio que asistir á la enferma.

SILV. (Riendo de un modo desagradable.) Siento que el dolor de estómago no me deje reir.

VENT. ¡Qué cútis, Silvestre, qué cútis!

SILV. Sí, si; los polvos de arroz...

VENT. ¡Y qué formas!

SILV. Algodón y ballenas; todo contrahecho.

VENT. Puedo asegurarte lo contrario, porque mi primera diligencia fué aflojarla el cuerpo del vestido para que respirase con más libertad.

SILV. ¿Te atreviste?...

VENT. ¡Claro! ¡No iba á consentir que el acomodador hiciese de médico! Me pidieron que recetase algo, y tracé unos garabatos ininteligibles. Esperaba que nada traerían de la botica; pero el acomodador volvió con un frasco.

SILV. ¡Qué compromiso!

VENT. Empecé á temblar; no sabía qué hacer, mas temiendo descubrirme, dije para mí: «poco veneno no mata» y dí á la enferma una cucharada de la pócima.

SILV. ¡Ave María Purísima!

VENT. (Con presunción.) Pues la dama recobró el sentido al momento. Yo debí dedicarme á la medicina.

SILV. Como el boticario no entendió tus garabatos, preguntaría el objeto, y entregó alguna bebida antiespasmódica.

VENT. Puede ser.

SILV. ¿Y qué hizo la señora?

VENT. Darme las gracias con una sonrisa encantadora y estrecharme la mano conmovida. ¡Qué profesión tan fácil y tan grata es la medicina cuando se asiste á mujeres hermosas! ¡Chico! ¡Qué ojos! ¡Qué cara! ¡Qué garganta... y qué tabla de... salvación!

SILV. Buen provecho.

VENT. (Se levanta para mirarse al espejo.) ¿No te conmueven ya las mujeres? ¡Mucho has cambiado! ¡Tú estás enfermo!

SILV. Los convites de mi suegro, con quien comemos mi es-

posa y yo todos los domingos, han dado al traste con mi estómago.

VENT. Tu suegro gustará de los manjares indigestos.

SILV. ¡Mucho! No sale jamás de sopa de revalenta arábiga, cocido de garbanzos con jamón y gallina, pollos asados, y de postre, galletas. Pero yo me desquito en mi casa los lúnes comiendo escabeche, callos, lentejas...

VENT. (Haciendo un gesto de disgusto.) ¡No prosigas!

SILV. Sé que mis comidas ponen de mal humor al padre de mi mujer, y por lo mismo me atraco, sobre todo si está presente mientras comemos. Anoche vino á visitarnos, y engullí de tal modo al verle rabiar, que á poco reviento como un triqui-traque.

VENT. Ya sé el orígen de tu padecimiento. Has contraido una gastrálgia estomacal, ó como decimos los facultativos, una gastro-callitis perniciosa.

SILV. ¡Cuánto desatino! ¿Qué sabes tú?

VENT. Anoche recibí la investidura de doctor. Enséñame la lengua.

SILV. Vete á paseo.

VENT. Donde voy es en busca de mi enferma de anoche, que vive en tu casa.

SILV. ¿Estás seguro?

VENT. Cuando salió del teatro, tomó un coche de alquiler; yo tomé otro y la seguí. Necesito verla.

SILV. ¿Para qué?

VENT. En primer lugar porque me gusta, y porque espero no perder la visita; y además para entregarle una carta que guardaba en el pecho y que yo recogí al *aircarla.* La carta la compromete porque prueba que fué al teatro con un galán burlándose de otro.

SILV. (Como si concibiese una idea.) ¡Hombre! ¡Cuánto me alegro de que habite en esta casa! Será una entretenida, y...

VENT. ¿Te vas á dedicar á ella?

SILV. Vive tranquilo. Pero veremos si mi suegro insiste en obligarme á que habite con semejantes vecinos. Dame

esa carta.

VENT. No; porque su devolución es mi pretexto para visitar á esa dama. Aun no sé en qué piso vive; pero lo averiguaré en la portería, y después que me acicale un poco volveré á visitarla.

SILV. Bien estás con ese traje.

VENT. No, no; las mujeres se dejan llevar de las apariencias, y yo soy muy correcto en el vestir.

SILV. Con tal que despaches pronto te daré mi levita. (Se la quita.) Tómala.

VENT. (Quitándose la americana.) Venga. (Se pone la levita.)

SILV. (Poniéndose la americana.) Te la doy con una condición,

VENT. ¿Cuál?

SILV. La de que me dejes sorprenderte en tu amigable coloquio, y armar un escándalo.

VENT. ¡Estás loco! Solo me gusta el público cuando defiendo algún pleito.

SILV. Es que quisiera precisar les hechos á mi suegro para que no dude de mi palabra.

VENT. Precísaselos sin molestar á los amigos. Hasta luego.

SILV. ¡Qué lástima! Escandaliza cuanto puedas. (Vase Ventura por el foro.)

ESCENA VI.

SILVESTRE, luego NICOMEDES.

SILV. Si no lo haces, yo veré el medio de que dés un escándalo. Ahora voy á buscar á mi respetable suegro y cederá. (Con risa forzada y dando señales de que le duele el estómago.) Tengo un magnífico pretexto. Ya sé que la vecina tiene dos amantes: el que abandonaba para ir al teatro, y el que la acompañó. Con mi amigo Ventura son tres; pero me falta un cuarto para que el trueno sea más gordo. (Después de pensar un momento.) ¡Ah! (Llamando.) ¡Nicomedes!...

NIC. (Entrando por la izquierda.) ¿Llamaba usted?

SILV. (Le examina con atención) Sí.

NIC. (Ahora me envia á casa del zapatero.)

SILV. (Como reflexionando.) Acerca de gustos no hay nada escrito. ¿Tiene usted partido con las mujeres?

NIC. (Asombrado y con presunción.) ¿Yo? Regular.

SILV. Las mujeres se despepitan por todo lo extraordinario, y usted es extraordinariamente feo.

NIC. (Con despecho.) Gracias.

SILV. Sí, hombre, es usted muy feo, muchísimo. (Hablándole confidencialmente.) ¿Ha reparado usted en esta casa, ¡la casa de mi suegro! en una mujer bonita y amable?

NIC. (Temiendo que le hable de Angustias.) No.

SILV. (Confidencialmente.) Pues fíjese usted en ella. Es de corazón tierno y anoche se desmayó en el teatro, á donde fué de ocultis.

NIC. (Sorprendido y temeroso.) ¡Cómo!

SILV. (Como antes.) La acompañaba un señorito.

NIC. (Id.) ¡Ah!

SILV. (Id.) Ánimo, joven; otros con peor cara que usted logran el favor de que las mujeres los acepten.

NIC. (Mirándo e aturdido.) Pero ¿usted tiene empeño en que yo?...

SILV. (Soriendo con malicia.) ¿Empeño? Tendré una satisfacción. Ánimo; salte usted por todo, en nada repare, que con tal de darle un disgusto á mi suegro, aprobaré cuanto haga usted por conseguir el triunfo.

NIC. (Perplejo.) ¡Usted consiente!

SILV. (Incomodado.) Sí, hombre, sí; y procure usted que sean muy públicos sus galanteos; no tema usted al qué dirán, yo seré el primero en celebrar su buena suerte.

NIC. (Estupefacto.) ¡Usted!

SILV. (Veamos lo que decide mi suegro.) ¡Si no hace usted con eficacia y resolución lo que le mando, tendrá usted que sentir! (Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA VII.

NICOMEDES, después VENTURA.

NIC. (Asustado.) ¡Dios me socorra! ¿Deseará formalmente ese antropófago que enamore á su esposa? ¡Cá! Me tiende un lazo para cerciorarse de sus recelos, y romperme el bautismo. ¡Ay, Angustias, y qué angustiado estoy por tu causa! Corro á buscar al médico del teatro (Sale precipitadamente por el foro y tropieza con Ventura que entra.) ¡Usted dispense! (Vase.)

ESCENA VIII.

VENTURA, después ANGUSTIAS.

VENT. (Mirando hacia donde salió Nicomedes.) ¿Será un rival? En todo caso no me parece muy temible, pues se marcha sin preguntarme á quién busco. El portero no estaba; pero me ha informado perfectamente una criadita que salia, y á quien acompañé hasta la tienda de ultramarinos de la esquina. La señora de mis, pensamientos vive en este cuarto primero. (Reparando en la habitación.) Pero ¿qué miro? ¡Si estoy en casa de Silvestre! Con las nomenclaturas de principal y primero se equivoca uno á cada paso. Subamos al otro piso. (Se dirige hacia el foro y ve que por la derecha sale Angustias.)

ANG. (Entrando sin reparar en Ventura.) ¿Si habrá ido Nicomedes en busca de ese médico? Dios quiera sacarme con bien.

VENT. (Parándose estupefacto.) (¡Mi enferma de anoche!)

ANG. (Con asombro, reparando en Ventura.) (¡El médico!) (Con mucha amabilidad.) ¿Es usted doctor?

VENT. El mismo, señora. (¿Cómo se encuentra aquí?)

ANG. (Con embarazo que procura disimular.) ¡Cuánto le agradezco que haya usted venido tan pronto!

VENT. (Con presunción.) ¿Deseaba usted verme?

ANG. (Procuraré inspirarle confianza.) Yo no puedo olvidar que le debo la vida.

VENT. (Con modestia cómica.) ¡Señora!... ¿Quiere usted callarse? Ó es uno médico, ó no lo es.

ANG. (Con inquietud.) ¿Ha visto usted á mi esposo?

VENT. (Mirándola con asombro.) ¡Su esposo de usted!... No, señora.

ANG. Don Silvestre alegre.

VENT. (Trastornado.) ¡Eh!...

ANG. Es profesor de derecho romano y abogado de nota.

VENT. (¡Cáspita! ¡Era su mujer!)

ANG. (No sé como empezar.) Tome usted asiento.

VENT. (Lo que debia tomar es la puerta.) (Coge una silla y se sienta.) (¡La mujer de un amigo! ¡Pero es tan guapa!...)

ANG. (Que habrá cogido otra silla, la acerca á Ventura, se sienta á su lado, y dice con mucha amabilidad y misterio.) ¿Me guardará usted el más profundo secreto acerca de lo que pasó anoche?

VENT. Naturalmente. (¡Á buena hora! Cuando se lo he referido todo á Silvestre.)

ANG. Usted comprenderá que fué una chiquillada; pero las acciones más inocentes pueden comprometer la honra de una mujer, si se divulgan.

VENT. ¡Señora: entre un médico y un confesor, no hay diferencia!

ANG. Asi lo creo; y por eso no tengo reparo en decirle que soy más culpable de lo que parece.

VENT. ¿De veras? (¡Pobre Silvestre!)

ANG. Comí en casa de mi prima Angeles y las dos nos fuimos al teatro solitas sin licencia de nuestros maridos.

VENT. ¡Ah! (¡Qué embustera!) La cosa no es grave, y queda usted absuelta por el médico.

ANG. (Me parece que no encontró la carta.) ¡Oh! Es usted muy benévolo con sus enfermos.

VENT. Yo considero las diversiones como una gran necesidad para las mujeres, sobre todo cuando son hermosas como usted.

ANG. Gracias por la lisonja.

VENT. No es lisonja.

ANG. Debo estar muy pálida. Aun no me he repuesto del accidente de anoche, y me siento mal.

VENT. ¿Á ver el pulso?

ANG. (Alargándole el brazo.) Debe estar muy alterado.

VENT. (Tomándola el pulso y mirando su reloj.) (¡Qué grato es ser médico! Contaré sesenta... no... ciento... Asi me estaría toda la vida.)

ANG. Deseo que usted me asista, siempre que esté enferma.

VENT. ¡Oh! La confianza en el facultativo es una garantia para la curación. El pulso está alteradillo.

ANG. (Con rubor.) Anoche, al llegar del teatro, á poco me desmayo otra vez. Entré con tal precipitación que me dí un golpe...

VENT. (Soltando el pulso y guardando el reloj.) ¿Dónde?

ANG. Aquí, junto al hombro.

VENT. (Muy solícito.) Veamos.

ANG. No corre prisa; el dolor me molesta poco. Fué más el susto.

VENT. Peor.

ANG. ¡Cómo!

VENT. Peor y mejor son dos palabras que empleamos indistintamente en la medicina. Bueno; lo veremos más tarde.

ANG. Quisiera consultar con usted otra cosa más grave, causa de todas mis penas y dolores.

VENT. (¡Canastos! ¡Qué compromiso!)
¿Hacia qué parte le duele á usted?

ANG. Hablo ahora de mi esposo. (Se levanta y se cerciora de que nadie les oye.)

VENT. Perfectamente. Soy especialista en maridos. El de usted es muy antipático.

ANG. (¡Si encontraria la carta!) (Bajando los ojos.) Desde hace bastante tiempo... (Se detiene.)

VENT. (Animándola.) ¡Adelante, señora, adelante! ¡Los médicos no se asustan de nada! (¡Qué profesion tan fácil y tan bonita!)

ANG. Mi marido no me atiende como debiera.

VENT. ¿Desde cuando?

ANG. Poco después de nuestra boda se entregó por completo en brazos de...

VENT. (Interrumpiéndola.) ¿De otra mujer?

ANG. En brazos del derecho romano.

VENT. ¡Qué mal gusto!

ANG. Antes era muy alegre y muy bondadoso. Ahora parece otro hombre.

VENT. ¿Se ha vuelto melancólico, irritable y colérico?

ANG. Sí, señor.

VENT. Síntomas concomitantes. Su mal está en el estómago; y de seguro que preferirá á los platos sanos y escogidos los vulgares é indigestos. ¿Le gustan los callos?

ANG. Sí, señor; mucho. (¡Cuánto sabe este médico!)

VENT. (Dándose importancia.) Padece una gastrálgia.

ANG. (Maravillada.) ¿Cómo lo asegura usted sin haberle visto?

VENT. (Con modestia cómica.) Señora... la ciencia lo adivina todo.

ANG. (Con interés.) ¿Y cree usted que puede curarse?

VENT. Para la medicina no hay nada imposible; pero ese mal... (Separándose de Angustias.) (¡Enamorar á una mujer cuyo marido tiene gastrálgia me parece muy expuesto!... ¡Pero esa cara!... ¡aquél escote!...)

ANG. ¿En qué piensa usted?

VENT. Ese mal no tiene remedio.

ANG. ¡Qué desgracia!

VENT. Sí, señora; es una desgracia vivir al lado de un enfermo con gastrálgia, y solo debo pensar en la salud de usted.

ANG. ¡En mi salud! ¿Tan mala estoy?

VENT. No; pero le convienen á usted las diversiones, y debe procurarse el trato de personas más amables y menos ridículas que Silvestre.

ANG. ¿Le conocía usted?

VENT. (Sorprendido.) No... Sí... pero ya no quiero conocerle, y solo me interesa la salud de usted.

ESCENA IX.

DICHOS y NICOMEDES.

NIC. (Entra precipitadamente por el foro y dice bajo á Angustias.) El médico no estaba en su casa.

ANG. (Bajo á Nicomedes.) Como que está aquí; es este caballero.

NIC (Reparando en Ventura.) ¡Ah!

ANG. (Presentando á Nicomedes.) Nicomedes Digesto, pasante de mi esposo.

VENT. Tengo sumo gusto... (Saludándole.) (¡Qué pasante tan inoportuno!)

NIC. (Después de mirarle con atención) El gusto es mío... doctor.

VENT. (¿En qué me habrá conocido que soy médico?)

ANG. (Ap. á Nicomedes.) (Cada vez son mayores mis remordimientos; y sobre todo desde que sé que mi esposo tiene un mal incurable.)

NIC. (¡Pobre señor!)

ESCENA X.

DICHOS y SILVESTRE.

SILV. (Entra precipitadamente y furioso sin reparar más que en Ventura, quien se habrá separado hacia la izquierda mientras el aparte que á la derecha tienen Angustias y Nicomedes.) Ventura! (Llevándoselo del brazo más hacia la izquierda.)

VENT. ¿Qué pasa?

SILV. Que mi suegro no se convence. ¿La has visto?

VENT. ¿Á quién?

SILV. Á la mujer de anoche.

VENT. (Mirando á Angustias y con voz insegura.) Á... la... mujer... Sí, sí.

SILV. ¿En qué piso vive?

VENT. ¡Aquí... encima!

SILV. ¿Encima? (Como reflexionando.) Me cruzo frecuentemente en la escalera con un inglés muy perfumado... ¡Justo! Será uno de sus amantes. (Se dirige hacia la puerta del foro.) Voy á dar un escándalo.

VENT. (Procurando detenerle.) No seas loco.

SILV. ¡Yo haré que mi suegro se convenza! (Escapa de entre las manos de Ventura y vase precipitadamente. Durante el diálogo anterior, Angustias y Nicomedes habrán manifestado extrañeza y estado atentos, procurando enterarse de lo que hablan, pero sin conseguirlo.)

ANG. (Á Ventura.) ¿Qué ocurre? Á dónde va mi marido?

VENT. (Pudiendo apenas hablar.) ¿Conoce usted al inquilino del cuarto primero?

ANG. Hay dos cuartos.

VENT. Pregunto por el que está encima de este.

ANG. En él vive una señora con su marido que es un hombre muy adusto y coronel retirado de artillería.

VENT. ¡Ay, Dios mío! ¡Le va á tirar un cañonazo!

ANG. ¿Qué dice usted?

VENT. Que le mata. (Se oye dentro grande estrépito.) Ya le disparó el cañón.

NIC. ¿Qué será? (Sale corriendo por el foro.)

ANG. (Muy asustada y sin comprender de lo que se trata.) ¿Qué cañón es ese?

VENT. (Con resignación cómica.) ¡Si murió estaría escrito!

ANG. (Que se habrá aproximado al foro.) ¡Cielos!... ¡Cómo traen á mi marido!...

ESCENA XI.

DICHOS, SILVESTRE, NICOMEDES y JUANA. Los dos últimos entran trayendo á Silvestre que viene aturdido y desencajado el rostro y Angustias les ayuda.

NIC. Una butaca. .

ANG ¡Dios mio! (Á su marido.) ¿Qué tienes? (Á Ventura.) ¡No me contesta! Por fortuna se encuentra usted aquí y le

socorrerá. (Sientan á Silvestre en la butaca.)

VENT. ¡Yo!... ¡Ah! Sí. (Me olvidaba de que soy el médico de esta señora.)

ANG. Examínele usted.

VENT. (Se aproxima á Silvestre y cómicamente hace que le reconoce. Todos permanecen suspensos esperando el resultado de sus observaciones.) Nada... nada.

ANG. (Con alegría.) ¡Gracias, Dios mío!

VENT. Nada; á lo sumo dos ó tres costillas rotas.

ANG. (Acercándose á Ventura y luego al velador.) Sálvele usted, doctor, recétele alguna cosa. (Le obliga á sentarse en el velador, y le da papel, etc., etc.)

VENT. (¡Esta es más negra!) (Escribiendo.) (Afortunadamente ya sé que los boticarios adivinan el medicamento más conveniente. Vuelvo á trazar garabatos, aunque nunca segundas partes fueron buenas.)

ANG. (Cogiendo el papel con precipitación y dándoselo á Juana.) Corriendo, á la botica de enfrente. (Á Ventura.) ¿Necesita llevar botella?

VENT. (Después de una pausa.) Bueno; que la lleve... por si acaso.

JUANA. ¿Hace falta algo más? (Angustias interroga con la vista á Ventura.)

VENT. No. (Vase Juana. Silvestre habrá abierto los ojos y mira con extravío cuanto le rodea. Nicomedes sigue á su lado prestándole apoyo.)

ANG. (Acercándose á su marido.) ¿No me conoces? Soy yo, tu mujercita. (Consultando á Ventura.) ¡No contesta!

VENT. Estará algo atacado á la cabeza.

ANG. Pues saque usted la lanceta.

VENT. (Con cierto desdén.) ¡Ah, señora! No la uso. La sangría ha dejado de ser un remedio hace muchos años. No me gustan los procedimientos antiguos.

SILV. (Con voz apagada.) ¡Yo me muero!

ANG. ¿Qué tienes? ¿Por qué causa estás así?

SILV. (Recobrando un tanto la voz y acritud de carácter.) Todos me miráis con aspecto de compasión, y esto me carga.

ANG. Tranquilízate. (Con amor.) ¿Quieres tila? (Mirando á Ventura.)

VENT. Sí; que tome tila.

SILV. No quiero aguas calientes. (Á Nicomedes.) ¿Qué hace usted aquí con esa cara tan estúpida?

NIC. (Algo compungido.) Mi querido profesor... al oir el estruendo salí y logré arrancar á usted de las manos del vecino.

SILV. ¡Valiente defensor! Usted no ha hecho otra cosa que detenerme cuando iba...

NIC. Cuando iba rodando. Perdone usted si no dejé que se estrellara. (¡Cada día es más bruto mi jefe!)

ANG. (Con dulzura.) Vamos: cuenta por qué te ha sucedido esto!

SILV. No me exasperes. (Dirigiéndose á Ventura.) ¡Pues no dice el majadero que la tal señora es bonita! Bien merece los insultos que la he dirigido por fea y por... más vale callar.

VENT. Repara que te conviene hablar poco.

SILV. No callo. Tu Dulcinea es un abadejo, una caricatura y...

ANG. (Á Ventura.) Pero, ¿de qué se trata?

VENT. (Bajo.) ¡Desvarío... señora!

SILV. Ella me abrió la puerta; y no le habría yo dicho seis insultos, cuando sale, de no sé dónde, un hotentote con más fuerzas que un toro, y me empuja y caigo rodando por las escaleras. (Con rábia á Angustias.) ¡Este es otro beneficio más que debo á tu señor padre!

ANG. ¿Á mi padre? ¿Qué tiene que ver mi padre con todo eso?

SILV. Tu padre es un cernícalo.

ANG. ¡Silvestre!... Respeta al autor de mis días.

SILV. Lo respetaré, si puedo, cuando pague el alquiler de otra habitación y viva yo á cien leguas de la señora que anoche se desmayó en el teatro.

ANG. (Estupefacta.) ¡Eh!

VENT. (Bajo.) ¡Disimule usted!

NIC. (Ap. y con alegría.) (Cree que fué la vecina.)

SILV. Ventura guarda una carta que pertenece á la indivídua.

ANG. (Bajo á Ventura.) (¡Cómo!... ¿Ha contado usted á mi esposo?...)

VENT. (Ap. á Angustias.) (¡Estamos perdidos! Su carta de usted la tiene Silvestre en el bolsillo de mi americana.)

ANG. (¡Cielo santo!)

SILV. (Que siempre, mientras no habla, estará dando muestras de hallarse trastornado y dolorido.) Me duele todo el cuerpo.

VENT. Acuéstate.

SILV. No quiero.

VENT. (Ap. á Angustias.) Ayúdeme usted á convencerle de que debe acostarse.

ANG. (Sí; es preciso que se desnude para recobrar mi carta.) Silvestre: házme el gusto de acostarte.

SILV. ¿También tú? (Ap. y con enfado.) (¿Si estaré realmente grave? Ántes solo me dolía el estómago, pero ahora...)

ANG. (Á Nicomedes.) Vaya usted al cuarto de Silvestre y cierre el balcón.

NIC. (Yéndose.) (¡Todos me tratan como si fuese un lacayo.) (Vase.)

SILV. Repito que no me acuesto.

ANG. Obedece al doctor.

SILV. ¡Al doctor!

VENT. (¡Esta señora lo va á echar á perder!) (Á Silvestre, mientras Angustias se acerca al foro esperando á la criada.) Angustias ha consultado á tu médico esta mañana. Tu enfermedad exige mucho cuidado, y el trastorno que acabas de experimentar pudiera agravarla.

SILV. (Queda muy preocupado; y en la butaca, dice aparte.) (Es verdad. Nunca me he sentido peor.)

JUANA. (Entrando con una botella y procura no hacer ruído.) Aquí está la medicina. (Angustias corre á tomar el vaso que trae.)

VENT. (Cogiendo la botella que le da Juana, dice con asombro y misterio.) ¿Qué te han dado?

JUANA. Pues lo que decía la receta.

ANG. (Acercándose con el vaso.) Eche usted, doctor.

VENT. (Llenando el vaso con el líquido de la botella sin darse cuenta de lo que hace, dice aparte.) (¿Qué será esto, Dios mío?)

ANG. (Á Silvestre con amoroso afán.) ¡Toma y verás que bien te sienta!

SILV. (Mirándole con ojos extraviados.) ¿Me lo ha recetado el médico? (Lleno de aprensión se bebe de una vez el contenido del vaso.)

VENT. (¡Se lo bebe todo!)

SILV. (Haciendo gestos.) ¿Quién me ha recetado este brevaje?

ANG. ¿Quién había de ser? El señor. (Por Ventura.)

VENT. (¡Pataplúm!

SILV. ¡Ventura! (Atónito.)

VENT. (¡Yo no salgo vivo de esta casa!)

ANG. Naturalmente.

SILV. (Furioso.) Ventura no es médico. ¿Qué me has dado á beber?

ANG. (Á Ventura.) ¿No es usted médico?

VENT. ¿Yo? No; no le haga usted caso.

SILV. (Intenta levantarse y no puede.) ¡Bribón! ¿Así se juega con la salud de un amigo? (Logra levantarse.) ¡Asesino! (Dá muestras de sentir grandes molestias y náuseas.) ¡Siento náuseas! Y un frio... y un calor... ¡Mi estómago! ¡Yo me muero!

ANG. (¡Ay, Dios mío de mi alma!)

VENT. (Bajo.) Tenga usted serenidad.

SILV. ¡Yo me ahogo! (Vase corriendo hácia su cuarto y dice desde la puerta.) ¡Ase... si!... (No puede continuar efecto de las náuseas y vase por la izquierda.)

JUANA. (Yéndose tras él.) ¡Pobre señor! ¡Voy á socorrerle! (Vaso.)

ESCENA XII.

ANGUSTIAS y VENTURA. Ambos se miran aterrados.

ANG. Caballero, su proceder de usted es infame.

VENT. ¡La fatalidad!

ANG. ¿Le parecía á usted poco haberse apoderado anoche de una carta mía, y asistirme, fingiéndose médico, y co—

rona la hazaña recetando medicinas á mi esposo?

VENT. Usted me obligó.

ANG. Porque le creía médico. ¿Qué ha dado usted á Silvestre?

VENT. No lo sé.

ANG. ¡Ay, Dios mío! ¡Algún veneno.

VENT. (Aturdido.) ¡Puede ser!

ANG. ¡Ah! (Cae sentada en la butaca.)

VENT. (Yendo hacia ella.) Ánimo, señora.

ANG. Es usted un asesino. ¡Ha matado á Silvestre!

VENT. Yo no, el boticario. Los médicos no tienen responsabilidad.

ANG. Cuando son médicos; pero como usted no lo es, supondrán que me ama, y que estábamos de acuerdo para deshacernos de mi marido.

VENT. (Asustado.) Es verdad.

ANG. ¡Somos cómplices!

VENT. Sí, señora.

ANG. Entre usted, por caridad, á saber cómo se encuentra.

VENT. No me atrevo.

ANG. (Se levanta é intenta dirigirse al cuarto de su esposo; pero se detiene.) Yo tampoco.

ESCENA XIII.

DICHOS, NICOMEDES, después JUANA. Nicomedes entra asustado.

ANG. (Al verle.) ¿Cómo sigue?

NIC. Mal. Me ha echado del cuarto, llenándome de improperios. (Muy compungido.) ¡Pero no me ofendo, porque el pobrecito está muy malo!

ANG. ¿Y la carta?

NIC. ¿Cuál?

ANG. La que en mal hora escribí á usted.

VENT. La lleva en el bolsillo de la americana.

NIC. ¡Ay de mí! (Reponiéndose.) Tranquilícese usted, señora, porque no llegará á leerla.., ¡se muere!

ANG. ¡Dios de misericordia! ¿Qué le ha dado usted?
VENT. (Prudencia.) Un simple antiespasmódico.
NIC. (Con tono de duda.) ¿Está usted seguro?
VENT. Segurísimo. (Bajo á Angustias.) Este joven sospecha... deshagámonos de él.
ANG. (Aterrada.) ¿También de Nicomedes? ¡Qué horror!
VENT. Huyamos de esta casa.
NIC. ¿Por qué?
ANG. Sí, huyamos. (Los tres se dirigen al foro y se detienen cuando Angustias dice:) ¡Pero dejarlo morir abandonado como una fiera!..,
NIC. Tiene usted razón. (Compungido.) ¡Aunque siempre me trató muy mal, no quisiera abandonarle en este trance!
VENT. Joven, sus nobles sentimientos le enaltecen; pero como, de todos modos, tenía que morirse alguna vez...
JUANA. (Saliendo precipitadamente.) ¿Dónde está la botella?
ANG. ¿Qué pasa?
JUANA. Que el señor quiere beberse lo que ha sobrado.
ANG. ¡Imposible!
VENT. No, no.
NIC. ¿Qué inconveniente puede haber si él mismo lo pide?
VENT. (Á Juana.) ¿Habla aun tu amo?
JUANA. ¡Toma! Y se queda tarareando la «Pobre chica,» más contento que unas páscuas.
VENT. (Con voz sorda.) ¡Es el canto del cisne, la agonía de la muerte que se aproxima! (Todos procuran dirigirse cada uno hacia una puerta llenos de terror.)

ESCENA XIV.

DICHOS y SILVESTRE.

SILV. (Entrando muy sonriente.) ¡Qué bien me encuentro!
TODOS. ¿Sí?... (Con duda.)
SILV. Estoy mejor que nunca. (Con amabilidad.) Angustias, acércate, vida mía.

ANG. (Acercándose con recelo, sin atreverse á dar crédito á lo que oye.) ¿De veras estás mejor?

SILV. (Abrazándola.) Estoy bueno, y te encuentro más hermosa que antes, y hasta el pobre Nicomedes me parece menos feo que otras veces. (Á Ventura.) Chico, perdona las injurias que te he dicho; pues seguramente ha sido tu medicina mano de santo. Todo lo que me molestaba en el estómago... ya no me molesta. ¿Cómo se llama ese medicamento?

VENT. Pues... tiene un nombre griego difícil de retener en la memoria. Yo te lo pondré por escrito.

SILV. (Metiéndose la mano en el bolsillo.) Aun cuando el griego me es muy familiar, no estará demás apuntar el nombre en mi cartera. (Sacando una papel del bolsillo de la americana.) ¿Qué papel es este? (Riéndose.) La carta de tu enferma.

ANG. (Temorosa.) (¡Mi carta!)

VENT. (Quitándosela.) Trae.

SILV. Sí, hombre; guarda tan dulce recuerdo de ese vestiglo con faldas, el más feo que he visto en mi vída. (Acercándose á Angustias á quien abraza.) Y á propósito: te presento ya que no lo hice antes, á mi amigo Ventura, que tiene un gusto detestable para las mujeres.

VENT. (Dando la carta á Angustias, que sigue abrazada á Silvestre. Esta la toma con la mano que tenga á la espalda de su marido sin que él lo note.) ¡La que escribió estas líneas se lo merece todo!

ANG. ¡Gracias!

SILV. ¿De qué?

ANG. Doy gracias á Dios porque ya estás bueno y contento. (Se acarician.)

NIC. (Bajo á Ventura.) ¿Y mi capa?

VENT. (Id. á Nicomedes.) ¿Qué sé yo? ¿Era usted el acompañante?

NIC. Si.

VENT. ¿Sí? (Mirándole.) ¡Parece mentira!

NIC. (Compungido.) ¡Lo que no parece es mi capa!

VENT. ¡Qué caprichosas son las mujeres!

SILV. Angustias: para celebrar mi curación, convido á todos á comer de fonda.

VENT. Aprobado; más procura contenerte porque yo me vuelvo á Sevilla, y en Madrid no encontrarás otro médico como yo, especialista en gastrálgias.

(Al público.)

Tan extravagante cura
demuestra mi insuficiencia,
y pide vuestra indulgencia
humilde, EL DOCTOR VENTURA.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.